

CAPITULO XIII

Días más tarde, fondeó en las playas de San Carlos "La Momotombo". Llegaba desde Nicaragua con hombres y parque para la Revolución. Esta ayuda inesperada creó un tremendo problema, ya que el grueso de la tropa, bajo el mando de Emiliano Herrera, había emprendido la marcha hacia Panamá. En San Carlos no quedaban más que el Estado Mayor y un equipo de ordenanzas. Y esto, precisamente, llenaba a todos de preocupación. ¿Cómo adelantar ese cargamento? ¿Cómo llevarlo hasta Panamá? El capitán de la nave se negó rotundamente a llegar hasta Chorrera. Su compromiso —dijo— era desembarcar los hombres y el parque en San Carlos.

En eso estaban, compungidos y casi al borde de la desesperación, cuando Quinzada, en un arranque feliz, gritó:

—Doctor, doctor; Lorenzo, el amigo de Mendoza. Es la única solución doctor.

—Hombre, es verdad. Tal vez nos ayude.

—Sí —terció Mendoza— esta guerra significa tanto para esos indios como para nosotros.

—Pues claro, Quinzada; he allí la solución —exclamó Porras nuevamente. ¿Cómo es que esos indios no han de tener hambre de reparaciones? Son una raza de proscritos en la cordillera, arrin-

conada por la codicia y la torpeza de nuestro gobierno. Ellos proscritos y nosotros descastados.

—Pero hay que localizarle y el tiempo apremia.

—Yo iría —dijo Mendoza. Somos amigos.

—Ni pensarlo; tenemos que movernos inmediatamente a Chorrera. Estos días de espera son fatales.

—Envíenos a Bernal como embajador. Si no me equivoco, son amigos.

—¡Estás genial, Quinzada, estás brillante!

Se escucharon unos golpes secos en la puerta.

—¡Adelante!

—Buenos días Bernal. Llegó usted a tiempo.

—Hace días quería hablarle, doctor —respondió Bernal—, pero sé que ha estado usted muy ocupado y no quería partir sin despedirme de ustedes.

—¿Qué —saltó Quinzada.

—Sí; me regreso.

—¡Pero cómo es posible! —objetó Porras. Usted dijo que estaba a órdenes de la Revolución.

—Sí, pero la Revolución necesita hombres de confianza. Yo...

—Cierto es, Capitán Bernal —expuso Porras en tono solemne— que su comportamiento heroico merece reconocimiento. Lo sabemos. Pero qué de preocupaciones... Qué dolores de cabeza...

—Me entiende mal, doctor Porras. Las condecoraciones me hacen reír. Estoy peleando por otras cosas, pero día a día me convengo de que la guerra me aleja más y más de ellas.

Hizo una pausa y prosiguió con amargura.

—Se desconfía de mí, se me vigila y no puedo tolerar esa atmósfera hostil. Yo lo siento de veras. Si esa actitud obedece a una falta cometida, exijo que se me juzgue y se me castigue; si solo son sospechas, déjenme ir a donde pueda ser inofensivo, un ciudadano vulgar.

—Bien, Capitán Bernal, vamos a serle francos. Usted nos ha dado mucho qué pensar. Su actitud nos ha confundido. Yo, personalmente, creo en ustedes y sus palabras de ahora me parecen muy justas. Su resentimiento también. ¿Pero, se serviría usted responderme unas últimas preguntas, de formalidad únicamente? Usted comprenderá, cosas de la disciplina.

—Todas las que usted desee, doctor Porras.

—Gracias. Dígame, qué tiempo hace que conoce a esa señora Ester?

—Señorita, doctor. Bueno, aproximadamente ocho meses.

—¿Sabe qué vida ha llevado antes de conocerla usted?

—Creo saberla, doctor. Huérfana desde muy temprana edad, vivió sola hasta los diecisiete años más o menos. Luego fue a Bogotá a casa de unos parientes, regresando a San Carlos hace algunos años.

—¿Le habló ella alguna vez de Sarria, Carlos M. Sarria?

—No, creo que no.

—¿Leyó usted la carta aquella firmada por él?

—Sí, pero no le veo importancia.

—¿No se ha preguntado usted cómo se provee de informaciones la señorita Ester?

—Sí, me lo he preguntado, pero jamás he comprendido cómo. Ahora, déjeme decirle doctor, que es un fenómeno típico. Aquí la gente sabe lo que sucede sin que pueda explicarse cómo. Llamam a eso "Bolas Brujas".

—Es el caso, Capitán Bernal, que nosotros sospechamos que ella se entiende con el enemigo.

Bernal quedó pensativo, indeciso, y luego, con tono un tanto violento, replicó:

—Eso es ridículo, doctor. Imposible. ¿Ester traicionarnos?

—Bueno, usted comprenderá; solo es una sospecha.

—Sí, lo sé; pero es tan hiriente como una acusación. Señores —Bernal se incorporó— a la señorita Becerra y López la unen a mí lazos más fuertes que la amistad. Ahora soy yo quien exige permanecer en la Revolución. Mi vida quedará en prenda de su honestidad.

—Nosotros le creemos a usted —intervino Mendoza.

—Ustedes deseaban hablarme —prosiguió Bernal. Estoy a vuestra disposición.

—Olvidemos el incidente, Capitán. Somos hermanos de una misma causa y solo debe inspirarnos la comprensión. Es el caso que recientemente ha llegado, traído por Eusebio A. Morales, un parque procedente de Nicaragua; Consta de seiscientos rifles Remington, un cañón Krupp y cien mil tiros, y, como usted ve, no tenemos medios de transporte. Pensábamos que tal vez su amigo Victoriano Lorenzo podría ayudarnos.

Bernal quedó meditativo unos instantes.

—Creo que a él no le interesan estas cosas, doctor. Ellos llevan una vida sufrida, es cierto, pero distinta a ésta. Me temo...

—¿Si usted le dijera que es un favor que le pide Carlos A. Mendoza, no cree posible...?

—Hay una posibilidad: Ester

—Oh, Capitán Bernal; eso me parece peligroso y demorado. ¿Dónde la encontraría?

—Probablemente esté ahora mismo en la Trinidad, con Lorenzo.

—Por lo pronto sería bueno que ella no interviniera...

—¡Ah, me olvidaba! —sonrió Bernal con ironía.

Antonio permaneció un momento pensativo y luego, lleno de confianza, como si jamás hubiera dudado de lo que iba a responder, dijo:

—Está bien, doctor Porras. Si mañana al amanecer no estamos en Chorrera, no cuente con Lorenzo.

—Bien, Bernal, esperaremos.

* * *

Al siguiente día, Victoriano Lorenzo y Antonio Bernal cayeron sobre Chorrera al despuntar el alba. Comandaban sesenta hombres que trasladarían al nuevo frente de batalla el parque desembarcado en San Carlos por la Momotombo.

—Sería conveniente que usted acompañara a Lorenzo —advirtió Porras.

—Doctor, esos son mis propósitos.

—No olvide usted que lleva lo más vital para la Revolución. De ustedes depende el triunfo. La causa está en sus manos.

—Doctor, comprendemos la tremenda responsabilidad y culpa nuestra no será si no las usan manos liberales.

Lorenzo, a su lado, permanecía silencioso, mirando fijamente a Porras, siguiendo su mínimo gesto con una sonrisa en los labios. Había ya cruzado saludos y frases con su amigo Carlos A. Mendoza y solo esperaba la salida del Estado Mayor para iniciar la jornada hacia Panamá.

Ese anochecer, con la marea alta, el "Gaitán Obeso", seguido por una flotilla de bongos y chalupas, se hizo a la mar puesta la proa hacia las playas de Farfán. Pronto se perdió en el claroscuro del crepúsculo.

CAPITULO XIV

Serían las tres de la madrugada cuando al filo de una luna sucia, Victoriano Lorenzo y el Capitán Antonio Bernal, al frente de unos sesenta hombres, iniciaron la jornada a Panamá transportando el parque.

El cielo estaba encapotado. Por momentos la luna se perdía, reapareciendo luego, más opaca. La marcha era lenta, penosa. Se transitaba por un trillo de cabras y la montaña estaba hosca, endemoniada. Caían los hombres; los animales rodaban en el fango, pendiente abajo; las cajas de municiones eran a cada paso más agobiantes. Muy pronto la luna se fugó entre aullidos escalofriantes de la selva y brisas que venían del mar. Entonces llegó la lluvia. Lorenzo detuvo la marcha y los hombres se fueron lanzando sobre la hojarasca a la vera del trillo.

Tiene la lluvia en la montaña una rara condición. Trae voces. Formas. Se humaniza. Es tonto desconocerla y se la sabe enroscándose a los árboles como una vieja lujuriosa. Da miedo. Claro está que es un miedo distinto al que produce la lluvia en la llanura. Allá, solo es el agua que cae, que cae constantemente; entonces se evita caminar porque se teme al movimiento, y porque aborda la convicción de que es uno el último ha-

bitante sobre la tierra. Y se presencia el restallar de la centella ante los ojos; y se contempla a la bestia llena de espanto echarse temblorosa mientras por todas partes persiste el espectáculo de la sabana vomitando humo. Acá, en la selva, es diferente. No se está en soledad. Se advierte la compañía de seres como uno. Los árboles se tornan sensitivos y reaccionan como hombres. Se mueven. Hacen señas. Lllaman. Al mirarlos fijamente se nota que miran, que ríen, pero con una risa extraña, maléfica, porque proponen la muerte. ¿Y a dónde huir si todo está lleno de vegetales irónicos, hambrientos, acechantes? La lluvia en la selva tiene una rara condición.

—¡Qué noche!

—Ni er demonio se andaría por ejtos contornos.

—¿Sabe pa ónde vamos, manu?

—No; er manu Victoriano sabrá.

Uno que dormitaba:

—Argo dijo er compa.

—¿Sabe pa ónde?

—En Panamá habrá una pelea muy grande y llevamos tercerolas y perdigones.

—¡Ajá! Cosas de los blancos.

La lluvia persistía. Aunque se acercaba el amanecer, las sombras eran densas, pegajosas. Bajo un enorme aspavé, Lorenzo y Bernal conversaban:

—¿Oiga Antonio: el doctor dijo algo de los diezmos y las primicias?

—No; pero he sabido que en Chiriquí publicó un decreto sobre degüello y sal.

—Eso está bien, Bernal, porque es tiempo para mejorar muchas cosas. No hay derecho a sal; el indio no puede ni comerse su trabajito a santo del impuesto de degüello que cuando no le roban a uno la bestia le imponen a usted, dineros que no hay modo de matar. Sería bueno, Bernal, que

el doctor Porras ayudara a los indios en esto.

—El lo hará Victoriano. Así lo prometió en David y es hombre de palabra.

—Y otra cosa que sería bueno que se lo dijera: —intervino Lorenzo— los Diezmeros. Esos cristianos que andan por esos campos de Dios llevándose lo poquito que hay en los jorones, no tienen moral ni ley. Y a nombre de que son autoridad, atropellan y maltratan y vaya usted a ver que ni reclamo le queda al indio. Yo creo, guardando parecer distinto suyo, que sería bueno que el doctor dijera algo sobre este asunto.

—Contra esas injusticias es que hacemos esta revolución —declaró Bernal y continuó hablando apasionadamente sobre la guerra, sobre el liberalismo, sobre la tiranía y los derechos del hombre. Lorenzo se mostró incrédulo y Bernal se propuso demostrarle la nobleza de esa lucha, la necesidad que había de que todo hombre de bien, honrado, se enfrentase a las bayonetas de los conservadores, que eran los enemigos del pueblo, de la gente pobre, de las personas sencillas.

—Me condenaron injustamente —dijo Lorenzo. Pasé muchos años preso.

—Son tiranos.

—Yo hago esto por Mendoza; es un buen hombre.

—Los liberales son buenos hombres.

—¿Y ya que de estas cosas hablamos, dígame, Bernal, cómo fue que dieron conmigo?

—Parece que Quinzada se acordó de usted. La situación era difícil. El grueso del ejército estaba camino de Panamá y no había medio de hacer avanzar este parque.

—¿Sabe una cosa, Bernal? Cuando usted y la niña Ester me hablaron del asunto, dije que algo tenía que hacer, porque la niña es la niña y si en

algo ella se mete eso no anda mal.

—Hombre Lorenzo, hablando de Ester, ¿no le parece a usted un poco extraña?

—No.

—Es decir, ¿un poco cambiada?

—No. La niña es así.

—Sí, claro, yo sé que Ester es una mujer distinta. Hay en ella algo que yo no podría explicar...

Por toda la selva se dilataba el ruido grave de la lluvia. Las goteras tenían voz y vida. Estaban presentes. Un trueno grave parecía esconderse bajo la tierra.

—Vea Bernal, usted no le parece mal a la Niña y, por eso mismo déjeme que le diga una cosa.

Cuando Lorenzo empezó a hablar el viejo as-pavé tiritaba de frío. Y dijo que Ester sufría un dolor muy hondo que seguramente ella misma no comprendía. Y contó una extraña historia: a Ester y a su padre los unía un amor insospechado. Eran dos seres inseparables para quienes el mundo no existía. Pero un día, nadie sabe cómo, el Teniente Becerra y López fue acusado de desertor del Ejército Colombiano. Fue algo horrible, espantoso. El insulto lo llevaron hasta el extremo de negarle la pena de muerte, condenándolo a seis azotes públicos, allí, en la plaza de San Carlos. El, Lorenzo, estuvo presente. También Ester-cita, que era muy niña, y Chefa, que nunca se ha separado de ella. El espectáculo era aterrador. Todo el pueblo contó con un griterío ensordecedor y amargo los azotes. Ester parecía no entender. Estaba a cierta distancia y seguramente no distinguía las facciones de la víctima. De vez en cuando se oía la voz del verdugo que gritaba: "¡Desertor! ¡Desertor!". La niña estaba muy nerviosa preguntando siempre por su padre, que dónde es-

taba, si era aquel que estaba allá en el centro de la plaza, comandando el pelotón; si era el castigado. Y Chefa y él nada podían contestarle.

Cada vez que llegaba la voz del verdugo: "—¡Desertor! ¡Desertor!"—, los volvía a ver como preguntando qué pasaba. ¿Qué hubiera sido de Estercita de saber que su padre estaba allá; que era a él a quien azotaban bárbaramente en medio de la plaza? Chefa lloraba, lloraba sin poder contenerse. La niña rompió también a llorar y solo él, Lorenzo, no soltó lágrimas. Cuando todo el pueblo gritó: "—¡Seis!"—, contando el último azote, el Teniente Antonio Becerra y López estaba muerto. Lo último que se oyó en la plaza fue la voz del verdugo: "—¡Desertor!"

—¿Pero cómo fue posible semejante cosa?
—Preguntó sorprendido Bernal.

—Parece que fue, según me contó el Padre Jiménez, cosa de la suerte. El padre de la niña Ester estaba muy sufrido desde que la muerte de la madre de la niña, lo dejó solo. Y por pena misma descuidó mucho el servicio, porque él era Jefe de la Guarnición de San Carlos —Lorenzo hablaba pausadamente y repetía con frecuencia. Por una o por otra, parece que desconfiaban de él. Muchas noches del mes se iba el Teniente Becerra a Capira a ver al Padre Jiménez y al español Pedro, que tenía una tienda y ahora es difunto. ¿Sabe que me acuerdo la noche en que el Teniente y el Padre me encontraron en el portal de la Tienda? Bueno pues, como le iba diciendo, esto por aquí siempre ha sido de revoluciones y enredos. Vino de pronto uno de esos movimientos revolucionarios contra el Gobierno y atacaron al Cuartel de San Carlos, pero el Gobierno ganó como siempre, pues. Y no estaba el Teniente Becerra, que esa noche, para desgracia suya, se ha-

bía ido a Capira, porque el Padre Jiménez estaba enfermo de precaución. Volteaba la madrugada, cuando el teniente regresaba. Lo arrestó la tropa en una empalizada que hay en las afueras de San Carlos. Lo apearon del caballo a culatazos y así, arrastrado, lo llevaron al pueblo y lo amarraron a un poste en la plaza que tenía arriba un letrero que decía: "DESERTOR". Cuando el padre Jiménez tuvo conocimiento, me mandó irme a San Carlos, porque su enfermedad no le dejaba. Así, pues, estuve con la niña cuando ajusticiaban al padre. Eso era de dolor, Bernal. La niña como si tuviera conocimiento, no hacía más que llorar, que hasta se le ponía a uno la carne flojita. Así fue todo, de modo que usted comprenderá.

Luego fue el encierro en la vieja casa. La niña no jugaba ni quería salir. Solo pedía que él, resuelto a quedarse con ellas para ayudarles y cuidarlas por indicación del padre Jiménez, le cazara palomas titubúas. Y no había momento en que Estercita no preguntara por su padre. Estaba de viaje, se le contestaba siempre. Parece ser que algún día comprendió los motivos de la prolongada ausencia del Teniente, porque nunca más preguntó por él. Pero dolía verla tan niña y tan triste, tan tierna y tan silenciosa. Así creció, sin más mundo que el regazo silencioso del viejo caserón. Un día —ya estaba grandecita— preguntó:

—¿Chefa, mi padre era liberal?

—Vea, mi niña, él era militar. Si no, de seguro lo hubiera sido.

Quedó silenciosa. Luego dijo, como para ella sola:

—Yo sé lo que es un desertor.

Poco después partió la niña para Bogotá, lla-

mada por sus parientes. El a su vez tomó el camino de la Sierra, a donde quería irse hacía tiempo porque su padre, el viejo Rosa, muy enfermo, lo llamaba con insistencia. En el caserón solo quedó Chefa aguardando el regreso de la niña.

* * *

Cuando Lorenzo terminó de contar la vieja historia, aún llovía. De vez en cuando, sobre el frío de la selva, la tos de un paisano.

—Victoriano, lo que usted ha contado me explica muchas cosas. Ahora veo claro. Ester, Ester, pobrecita. ¿Pero dígame: sabe ella que su padre fue aquel desertor que asesinaron?

—No, yo no he sabido. A lo mejor lo piensa...

—Es curioso. El liberalismo de Ester está en su sangre y en un recuerdo que no puede precisar.

—Vea, Capitán Bernal, por esto y por muchas cosas, trátela siempre bien.

El silencio nació en la noche. Un silencio hecho de voces de goteras, de frío y del ruido pegajoso de la lluvia.

* * *

Bien entrado el día, se reanudó la marcha bajo una llovizna delgada que se pegaba al cuerpo. Doce horas caminaron y al anoecer, el cargamento reposaba sobre los altos de Emperador.

Un extraño silencio navegaba en el ambiente. Eran notorias la calma y la quietud. El terreno debía estar lleno de fogatas, de centinelas, de retenes. Nada de eso había. Unos pocos restos se encontraron: zapatos abandonados, chinelas olvidadas, alguna cartuchera rota, y nada más.

Caso impresionante. Este era el punto de cita.

En este puesto se debía entregar al Aposentador y Conductor General de Equipajes el parque, cancelándose así el compromiso. Pero nadie esperaba. ¿Estaban ya en la capital las fuerzas liberales? ¿Se rindieron los godos? Pero no era posible: estaba anocheciendo el 25 de Julio de 1900.

Bernal propuso se acampara mientras enviaba un pelotón de cinco a espiar. Lorenzo aprobó la disposición y los hombres se dieron a descansar sobre las hierbas húmedas.

CAPITULO XV

La ciudad de Panamá vivía a mediados del año mil novecientos, uno de los instantes más angustiosos de su vida. Miedo. Desasosiego. Incertidumbre. Las calles mudas se quebraban a veces en la carrera de un coche. La Iglesia no cerraba sus puertas. Por todas partes pelotones de soldados marchaban hacia las afueras, donde se levantaban barricadas. La Gobernación y las Bóvedas mantenían comunicación constante con ordenanzas y vehículos.

El pueblo presenciaba atónito los preparativos para la defensa. Nadie desconocía la gravedad de la situación. Los representantes extranjeros no disimulaban sus temores. Se supo que habían efectuado distintas reuniones; que se habían dirigido al jefe de la plaza y a Belisario Porras solicitando garantías; habían propuesto fórmulas de arreglo a los bandos contrincantes. Shaler estaba disgustado: la Compañía del Ferrocarril no veía con buenos ojos esa guerra. Los capitanes de los barcos de guerra norteamericanos surtos en la Bahía de Panamá y en Colón, habían pisado tierra repetidas veces demandando seguridad para sus conciudadanos.

Desde los primeros días del mes de Abril se tuvo noticias del desembarco de la expedición de

Porras en Chiriquí. En un principio no pasó el hecho de ser una temeraria empresa sin futuro. Pero vino el triunfo de las armas revolucionarias y ya hubo margen para las conjeturas. Se habló de un poderoso ejército que José Santos Zelaya y Eloy Alfaro habían pertrechado con toda clase de equipo y numerosos combatientes; que el último decretaba festividades en el Ecuador cada vez que se reportaba un nuevo avance de la Revolución. Se decía que los pueblos en la ruta a Panamá salían jubilosos a aclamar a Porras; que una llovizna de voluntarios llegaba diariamente a los campamentos de Emiliano Herrera. Y el miedo cundía en la capital. José María Campo Serrano, Jefe del Departamento, escribía solicitando ayuda. Por todas las esquinas, antes del golpe de queda y en todas las tertulias, se hablaba del avance de Porras. Se hacían conjeturas; se calculaba e imaginaba su entrada como conquistador. Los conservadores hablaban del Nuevo Morgan, implacable y sanguinario que destruía pueblos, encarcelaba, enflaquecía las haciendas, violaba vírgenes. Nada detendría al Ejército Restaurador.

A fines de mayo se dispuso detenerlo en su camino hacia la capital. Fue en Bejuco. Desastre: el Ulloa, el 5o. de Cali, los Libres de Colombia, huyeron en una aparatosa retirada hasta las goteras de la ciudad. El pueblo los vio regresar vencidos, agotados, llenos de espanto, y entonces el pánico fue indescriptible. Nadie sabía dónde se encontraban las fuerzas enemigas. Se corría a construir trincheras. En los alrededores de la urbe se levantaban barricadas. Losada, jefe de las fuerzas del Gobierno, no ocultaba sus desavenencias con Campo Serrano. Se rumoraba que este último acababa de dejar el Departamento en busca de refuerzos; tal vez no regresaría más. Miedo: el

Gobierno tenía miedo. Las deserciones aumentaban. La anarquía se organizaba. Por esos días llegó, procedente de Colombia, el General Carlos Albán, quien inmediatamente fue investido, dadas las precarias condiciones, con el cargo de Jefe Civil y Militar del Departamento.

Así las cosas, llegó el mes de Julio. Las avanzadas de espionaje reportaban que el grueso del Ejército Restaurador había dejado la Chorrera y se acercaba a Panamá. Se dispuso hacerle frente en las afueras. Pero era inútil. ¿Dónde, qué hacer? Esos desalmados avanzaban y nadie los contendría. Y ese miedo, ese miedo por todas partes era lo peor. Por las calles transitaban grupos de mujeres que lloraban; de chiquillos que huían. Otros, más audaces, buscaban las goteras de la ciudad para ver la guerra. Se hacían arrestos sorpresivos. En las Bóvedas de Chiriquí estaban presos ciento noventa liberales conspicuos y por ello corría el rumor de que la prisión estaba minada y de que en cuanto entraran los revolucionarios la volarían. Entonces se llenó la plaza de gente que pedía clemencia, que suplicaba misericordia. Todos vieron cuando el Cónsul General de Inglaterra, el señor Mallet, entró a la cárcel, con un permiso del Jefe Civil y Militar, para poner a salvo a don Domingo Díaz y a Ernesto Arosemena. Corrió el rumor:

—“Señor Cónsul, tanto a usted como al General Albán agradezco el interés que se han tomado por mí, pero les manifiesto que solo en el caso de que de aquí saliéramos todos los presos, saldría yo con ellos, pues si fuere cierto que corremos el peligro de ser volados, debo y quiero correr con todos mis compañeros la misma suerte, y no salvarme solo”.

Esa fue la respuesta de don Domingo Díaz al

señor Cónsul General. Unánime consternación. Era inhumano que volaran en pedazos por los cielos. Las mujeres llenaban la ciudad con gritos de angustia. Rezaban a coro por las calles. La iglesia permanecía atestada de creyentes que pedían a Dios intercediera entre estos hombres que se mataban unos a otros sin descanso.

El 22 de julio de 1900 el pánico era incontenible. Los soldados gobiernistas corrían desgajando de sus sombreros las divisas conservadoras. La noche del veinte, el Batallón Henao salió a interceptar a las avanzadas revolucionarias establecidas en Corozal. En la madrugada del veintiuno se avistaron y empezó el combate. Otro triunfo de la Revolución. Se vio al Henao entrar a la carrera en las defensas interiores. Nerviosos. Perseguidos. Sí, el Ejército Restaurador venía tras ellos y dentro de pocas horas entrarían a la ciudad. Hubo motines. Muchos liberales se organizaron para disparar contra los defensores. Sonó el aquelarre. Los soldados, que no sabían a ciencia cierta dónde estaba el frente, creyeron que Porras había entrado a la ciudad por el mar. Disparaban al aire. Se tiraban unos a otros. Alguien gritaba: "¡Sálvese quien pueda!". Era la estampida, la desbandada. Los jefes todos huyeron a los barcos extranjeros fondeados en Flamenco. Solo quedaron el Jefe Civil y Militar de la Plaza, General Carlos Albán y el Jefe de las Fuerzas Armadas Legitimistas, General Víctor Manuel Salazar.

Pasaron horas de tremenda angustia. ¿Por qué no atacaban las fuerzas de Porras? Según noticias, ya debían estar en las afueras de la ciudad. ¿Por qué no se divisaban? El pueblo estaba en los techos de las casas, en los balcones, en las eminencias de la playa; en todo sitio que facilitara la perspectiva. La ciudad buscaba ávida en el

horizonte, pero nadie asomaba, nadie. A veces una voz gritaba: "¡Por acá, por acá, son miles!". Pero pronto se descubría que solo era el viento que levantaba polvaredas. Calma. Expectativa. La ciudad estaba en vigilia.

La madrugada del veinticuatro se llenó de inusitada animación. Las fogatas en donde se preparaba constantemente café para la tropa, propagaron la alarma: "¡Los Rojos avanzan!". Y las puertas de las casas se abrieron; los hombres salieron a uniformarse; las doncellas, llenas de recato, se asomaron púdicamente a las ventanas y a los balcones, Pero no fue sino hasta las ocho y media de la mañana cuando realmente empezó el combate. ¡A plena luz del día! El Ejército Restaurador avanzó en tres cuerpos: el ala derecha hacia la Ermita de San Miguel; el peso del ataque, por el centro, contra el puente de Calidonia y ala izquierda por la Playa de Trujillo, para confluir también hacia la embocadura de Calidonia. Los primeros disparos se cruzaron entre los batallones que comandaba Domingo de la Rosa y unas avanzadas de reconocimiento dirigidas personalmente por el General Salazar. Este fue como el santo y seña de la lucha. Alrededor de la ciudad, y particularmente sobre el Puente, se levantaron poderosas trincheras sobre zanjas, con rieles y durmientes formando aspilleras, alambres y planchas de hierro que constituían una defensa formidable. Las huestes liberales evanzaron agazapadas, a todo lo largo de la línea de pelea. Pronto fue por la Ermita de San Miguel el choque cruento. Sonaban los disparos del cañón emplazado en Perry's Hill. Respondían las baterías instaladas en la ciudad. La metralla barría las filas liberales. Los hombres avanzaban, pegados al suelo, disparando incesantemente. Entonces fue

la arremetida de Calidonia. En el frente conservador sonó el toque de carga y los fogonazos, la fusilería, la metralla, las bombas, estallaron por doquier. Morían los liberales. Las filas clareaban, pero nuevos hombres venían. Muerte y desolación. El campo se llenaba de cadáveres.

En eso se desató del cielo un temporal tremendo. Restallaba el relámpago. Los truenos arrasaban lamentos de heridos y voces muertas. Todo se hizo violáceo. Un claroscuro angustioso se fue pegando a las cosas. Nada. Nada detenía la ferocidad liberal. Bajo la lluvia, entre trueno y trueno, arrastrándose sobre el lodo, iban hacia el puente. Ya lo alcanzaba un pelotón, pero ¡horror! caían como ratas sin lograr alcanzarlo. Las defensas de la ciudad permanecían incólumes. Del campo llegaban gritos agónicos, se veía a los hombres correr como locos, quienes agarrándose los brazos, quienes apretándose el estómago partido por una bala. Uno corrió como un demente, mesándose los cabellos, saltando y berreando como un animal hacia el puente, y, frente a las defensas rodó dando saltos mortales.

Las sombras cayeron. Sombras densas, sombras de la muerte. Nada se distinguía. El campo de batalla era la noche misma, llena de gritos desgarradores, de lamentos. A veces se sentía el aullido profundo de alguno a quien la muerte sorprendió de súbito. Olía a sangre, a carne humana. Se miraba en derredor y no había nada, nada que no fueran los gritos de dolor y la presencia pertinaz de la muerte.

Como a las once de la noche se ordenó ataque. Los soldados avanzaron, agazapados, arrastrándose, a ganar el puente. Ya estaban a doscientos metros; ahora a cien; ¡sorprenderían! De pronto, a todo lo largo de las trincheras conservadoras, las

cornetas tocaron carga y se llenó el campo en sombras de criminales fogonazos. Por todas partes estallaban las balas, las granadas; los cañones hacían disparos a quemarropa. Nuevamente tocaron las cornetas. ¡Carga a la bayoneta! Fue la cosa cruel. La sangre en los labios, en las manos; las uñas llenas de venas hermanas. A morir tocaban. Brazos desgajados, piernas sueltas por la metralla, que aún se movían en el barro. Los ojos de los hombres soltaban chispas de furia y de miedo. Buscaban en la sombra al hermano, al amigo, buscaban la vida para extinguirla. De pronto un relámpago tardío alumbraba a alguien que iba arrastrándose; luego era el golpe seco de un culatazo y el ¡ay! postrero de la muerte. Otras veces uno se quejaba y, como sabuesos hambrientos, corrían otros para ultimarle. No fue preciso tocar a retirada. ¿Quién podía retirarse?

La claridad del alba confirmó la visión de los relámpagos: la muerte tenía una forma irreducible frente al Puente de Calidonia. El resto del día hubo duelo de artillería y disparos de fusiles. A las cuatro de la tarde se hizo un alto para que las ambulancias Chilena e Inglesa aligeraran el campo de cadáveres y heridos. A las siete de la noche del 25 de Julio de 1900 se reanudó el combate, entre gritos estentóreos al Liberalismo y al Partido Conservador.

Mas algo trajo un cariz nuevo a la pelea: por la línea del ferrocarril se aproximaban dos batallones. Era Sarria que avanzaba desde Colón a reforzar a los defensores de la capital. Fue lo imprevisto. Las diezmadas tropas del Ejército Restaurador se dieron a la desbandada. Cundió el desánimo y la moral de las tropas se quebró. Inútil resultaba la desigual pelea. Y como si fuese poco, los Cónsules de Estados Unidos, Inglaterra y

Francia informaron a los revolucionarios que avanzaba sobre la ciudad José María Campo Serrano al frente de mil doscientos cincuenta hombres, y que la cañonera Boyacá estaba a punto de desembarcar ciento cincuenta más.

La capitulación fue inevitable.

CAPITULO XVI

Hacia el fondo de la casa de Ester hay un hermoso mango, no muy alto, cuyas ramas robustas se abren cariñosas. Pasan las tres de la tarde y junto a la pata del árbol, sobre taburetes, dos personas conversan. No, no es una conversación. Más bien se diría que es un monólogo. Ella, negros los ojos y firme la boca, lo mira intensamente, como si buscara algo más en sus palabras; él, la cabeza entre las manos, desgredado, la vista en el suelo, relata pausadamente, cuenta cosas que recuerdan una confesión de dolores:

—...he discutido conmigo mismo; mil veces me he preguntado cómo fue. ¿Por qué? ¿Es que la patria necesita para su purificación de la sangre de esta gente incauta, de esta gente buena? ¿Pero Señor, no han muerto suficientes hombres? ¿No es tiempo ya de refrenar esta locura? Anduvimos todo el día bajo una lluvia terca que nos entumecía los huesos. Al anochecer hicimos un alto para descansar y dormimos hasta horas antes del amanecer. A paso forzado entramos en los terrenos de Panamá. Por todas partes, Ester, un silencio mortificante, un silencio que daba miedo. Lorenzo me preguntó qué debíamos hacer porque quería regresar inmediatamente, ya que su palabra estaba cumplida. Yo le dije que era raro que nadie nos

aguardase, pero que esperaríamos a tener noticias. Poco a poco las sombras se fueron disipando y la luz del día iluminó el campo. Los hombres empezaban a inquietarse cuando de pronto se escuchó el rugido de uno... dos... tres... cañonazos. Nos miramos, sorprendidos. Resolvimos avanzar hacia la loma de Perejil, y... horror... ¿cómo explicarlo...? ¿Cómo poder describir el cuadro que se extendía ante nuestros ojos? Allá abajo, desde la Ermita de San Miguel hasta el Puente de Calidonia, todo era muerte y desolación. Sobre la hierba, insepultos en el lodo, bajo el vuelo de las aves que graznaban, yacían cientos de cadáveres. Solo había vida en las personas que deambulaban entre los muertos buscando a sus familiares: las madres a los hijos, el hijo al padre, el hermano al hermano... Ester, es inexplicable... es horrible cómo la muerte parecía reír sobre ese sitio. Estuvimos mudos largo tiempo sin lograr comprender. Lorenzo miraba y miraba como si buscara a alguien entre los muertos distantes. No atinábamos a movernos, a decir algo, no sabíamos qué hacer. De pronto vimos que por las puertas de la ciudad salían varios pelotones hacia nosotros. Por un momento dudamos y caminamos hacia ellos. Mas una descarga nos sorprendió y Tereso Rodríguez, que iba junto a Lorenzo, cayó sin vida. "—Tereso, párese—" le gritó Victoriano. Pero la muerte jamás explica, nunca responde. Entonces apareció un brillo fatal en sus ojos. "Regresen, manos" —Ordenó. Yo lo miré atónito. "¡Sí vámonos al monte!" —me gritó, y como para sí, dijo: "—... godos, godos traicioneros" —Entonces, Ester, sentí miedo. Algo extraño y poderoso. Yo siempre supe qué hacer. Siempre tuve una tarea que cumplir. Es la condición del soldado. Pero entonces todo se me hizo negro, me vi perdido, y sentí

lo peor que un hombre puede sentir: Miedo. Sentí miedo, me oyes Ester... ¡sentí miedo! Huímos. Alcanzamos los montes fácilmente. Nos seguían implacablemente haciéndonos disparos. No teníamos tiempo ni para hacerles frente. Las armas estaban embaladas y por toda defensa teníamos unos machetes con que habíamos abierto trochas en la marcha. Pero parece que ellos no estaban satisfechos con la matanza habida. Querían más muertes. Sentíamos los disparos. Por segundos me parecía vivir momentos de aquel trágico Octubre en que deambulé por la selva. Pero entonces era distinto: no temía. Mas, poco a poco, entre más fuertemente percibía los disparos, un aplomo superior se apoderó de mí. Atrás quedó Arraiján cuando Lorenzo desvió el camino hacia una "madrevieja" oscura y sucia. Se empezó a desatar el equipaje y muy pronto estuvieron sesenta hombres con rifles y cartucheras llenas, ansiosos de matar. El resto del parque que llevábamos para la Revolución lo enterrábamos allí mismo cuando sentimos los pasos, gritos y disparos de dos cuerpos del Batallón Colombia que continuaban nuestra búsqueda. Vi sonreír a Victoriano con felicidad. Creí en un principio que se alegraba de haberlos despistado. Pero pronto vimos que no era eso. Esperó que transcurriese una media hora, y gritó: "—Bueno, ahora en marcha—", y nos fuimos adentrando por la "madrevieja" para doblar en plena montaña camino de la Trinidad. Anduvimos bastante tiempo, sin temores; los hombres hablaban y reían de vez en cuando, excepto Victoriano, cuyo rostro estaba lleno de una profunda seriedad. Cuando llegamos a una altura en el terreno, nos sorprendió una humareda que se levantaba hacia el Norte. Nos detuvimos. ¿Qué podía ser? ¿Quema de un monte? Imposible. También

oímos, débiles, unas detonaciones, como de granadas. Y, por el momento, nada pensamos. Es decir, yo nada pensé. Pero Lorenzo más serio que nunca, exclamó entre consternado y colérico: "—¡Amigo, los godos acaban con nuestra gente y las cosas; matémoslos!". Allí fue el comienzo, Ester. Avanzamos agazapados, oído atento, tal que animales listos a matar. Los fusiles a discreción y la mira nerviosa, buscando. Los sentimos regresar. Es doloroso, Ester. Venían confiados, haciendo chistes y dando vivas al conservatismo. Lorenzo ordenó y preparamos una emboscada. Entraron, ajenos al peligro, y una descarga cerrada los detuvo en seco. Quedaron atónitos. No sabían si huir o defenderse. Otra descarga. Sobre el suelo yacían como siete de ellos. Entonces se llenaron de miedo, soltaron las armas y empezaron a huir entre gritos de dolor y de espanto. Pero todo era vano. El fuego les cercaba. Un círculo de plomo los derribaba como hierbas inútiles. Es para volverse loco. Yo no pude disparar un tiro. Desde todos los puntos de la selva llovían balas sobre esa gente. Solo unos diez pudieron salvarse huyendo como unos perseguidos del demonio, sabe Dios por qué lugares. Terminada la masacre, Lorenzo se me acercó y con una risa rara, y un tono de voz muy raro también, me dijo: "—Antonio, tiene llena la cartuchera". ¿Por qué me lo dijo? ¿Fue una advertencia? Advertencia de qué? Yo lo sabía y tampoco era necesario que me lo explicara. Un trecho más adelante nos tropezamos unas mujeres que salieron a encontrarnos. Nos explicaron que allí habían estado los godos buscándonos. Como ellas no pudieron dar razón de nuestro paradero, se dieron a incendiar sus ranchos y sus ropas, para escarmiento, según decían. Que luego quisieron atentar contra ellas, que lloraban

y suplicaban, obligándolas a huir a los montes entre disparos. Que hirieron a una niña en su desesperación, la que murió en los momentos en que nosotros llegábamos. Todo lo ví. Estaba escrito, Ester, que ese día mi vida solo podía encontrar ruina, ruina y desolación por todas partes. Era un caserío que no conocía, pero Lorenzo sí tenía muchos conocidos. De allí fue una sola marcha hasta el Cacao. Allá están, felices, contentos; no recuerdan, parece que no supieran que han matado mucha gente. Lorenzo está distinto, Ester, muy distinto. Frío, burlón, es como si lo quemara una pasión desconocida. Creo haberle oído algo de muerte y de pelea, que había que defenderse, que a los "Cholos" los despreciaban, que así era mejor morir. Que les quemarían todos los ranchos, los sembríos serían destruídos, las mujeres perseguidas... Y todos, rodeándolo, aprobaban, reían y gritaban: "¡VIVA MANU VICTORIANO!" ¿Qué sucederá? La Revolución fracasó, está perdida. Cientos y cientos de muertos y heridos. Es imposible rebelarse. Así los quiere Dios...

—¡No inmiscuyas a Dios en estas cosas! —gritó Ester.

Bernal alzó la desgredada cabeza, y la miró;

—Dios lo quiso así, Ester...

—Dios deja a los hombres ordenar sus cosas. Es preciso hacer, que El nos ayudará también.

Ester abandonó el asiento y caminó bajo las sombras del mango acariciando las ramas que colgaban bajas.

—¿No hay noticias de Panamá?

—Ninguna. Nada se sabe. Es lo peor.

—¡Pero es ridícula esa desesperación suya!— exclamó Ester.

Y abandonando el tono familiar que últimamente había usado para dirigirse a Bernal, agregó:

—Pareciera cobardía.

Bernal la miró fijamente. No atinaba a proferir palabra. Los ojos se le llenaron de lágrimas y una profunda consternación le inundó el rostro.

—Está nervioso, Bernal. Entremos.

CAPITULO XVII

Pasaron días lentos, días de una densidad indescriptible. Las palabras entre el capitán Bernal y Ester Becerra se volvieron frías, impersonales. A veces a Bernal se le antojaban burlonas, irónicas, sobre todo cuando decía: "—Antonio, todo fue una crisis nerviosa; ya ha pasado; me alegro". Tal vez fuera sincera; o quizás trataba de demostrarle lo contrario. Había perdido la fe, la confianza. Se asombraba al pensar que antes creyó imposible vivir sin Ester; ahora creía no poder vivir en su presencia. Le espantaba estar a solas con ella. Seguramente sabía que eso que llamaba "crisis nerviosa" perduraba. Sí, estaba allí: ¿Por qué ese temor a hacer, esa imposibilidad para pensar? ¿Quería irse, huír... pero, hacia dónde? El barco —él— se hundía. La costa estaba lejana y los animales acechaban. ¿Ir donde Victoriano? No, no; asombraba, le daba espanto la mortal frialdad de aquellos hombres. ¿A otro pueblo del interior? ¡Ni pensarlo! no tenía amigos y todo era tan difícil...! Permanecer... frente a ella... a cada instante... ¡Oh! Si pudieran ser como antes... Si pudiera volver a él aquello que se fugó la vez en que se interrogó a sí mismo. Era inútil plantear al cerebro cosas que solo son del corazón: no podía alejarse de esa casa, lerda y silenciosa, o de Es-

ter... ¡no podría alejarse de Ester!

¿Tendría espanto, también, del Farallón? ¿Acaso no eran suyas las intenciones de gritar en su claustro para asustarla? No, todo era sugestión, un poco de asco a la muerte que había tomado exageradas dimensiones. Iría donde Ester y le hablaría como antes, con voz grave y confiada. Pero... ¿a qué permanecer sentado...? Por qué las piernas no respondían? Nada asusta tanto a un hombre como el miedo.

—Antonio, Antonio, un barco se acerca... llega al puerto.

—Bernal saltó como un niño sorprendido. Se incorporó enérgico:

—¿Un barco...?

Su intención fue huir, esconderse.

—Venga, vayamos a ver.

—Eso es temerario Ester; es imprudente.

—¿No creerá que lo invito al puerto, eh? Venga, miraremos por acá; al final del huerto de la casa hay una playita. Esos no podrán vernos.

Ester obligó a Bernal a correr entre los rosales de su jardín, a saltar zanjas y desagües en una carrera de colegial alegre. Los alcanzó un grito de Chefa:

—¿Niña, y esas cosas qué son?

El mar hacía una angosta playa de arena muy limpia y rutilante, cercada por matorrales y arbustos. Allí llegaron Ester y Bernal, sudorosos y sonrientes, y ella, llena de coquetería, se tumbó sobre la arena, riente y sensual como una virgen vencida. Bernal corrió hacia ella cuando Ester, entre risas cortadas y encantos nuevos, se fugaba hasta los arbustos protectores. Permaneció entre los vegetales, las rodillas hundidas en la tierra, mirando hacia el puerto donde una nave, aprovechando la marea alta, se había acercado temera-

riamente a tierra. Antonio tomó sitio a su lado.

—Están desembarcando, Ester.

—¿Cuántos serán?

—Se pueden contar...

Tres botes de tamaño corriente que estaban acodados al barco se alejaron rumbo a la playa.

—Desembarcan treinta —declaró Antonio.

—¿Serán todos?

Bernal permaneció silencioso, oteando. Por momentos volvía la mirada hacia Ester, muy cerca de él, pero ella estaba absorta, abstraída, mirando las operaciones. Se vio luego una de las embarcaciones que regresaba a la nave.

—Son más...

—Unos treinta y siete hombres. Es raro —dijo Bernal—, treinta y siete hombres únicamente.

Ester sentose, pensativa, entre los matorrales. No miraba a Bernal. Su vista se perdía fugitiva por la piel del mar. La tarde dejaba presas entre los picachos sus ancas luminosas. Entre ellos y la playa del pueblo, manchas de chiros revoloteaban jubilosas. Sol y viento.

Ester, con un mirar cansado, como quien vence un abismo, habló:

—Antonio, hay que irse. Ensille a "Capablanca" y váyase donde Victoriano.

—¿Donde Lorenzo? Pero Ester...

—Yo no lo puedo ocultar, Antonio; sería peligroso. Esta gente no me conoce y no sé hasta qué punto me respetarán.

—Pero usted va a quedarse sola...

—He vivido siempre sola, Antonio. Dígale a Lorenzo lo que ha visto.

Y, como una niña despreocupada e inconsciente, soltó a correr hasta la casa.

—Recuerde, Antonio. Victoriano debe saber lo que hemos visto.

CAPITULO XVIII

Ester divagaba, en el claroscuro herido por atisbos de noche, presa de contradictorios pensamientos. La Revolución moría. La vieja causa, su furtivo amor, cayó decapitada en el Puente de Calidonia. ¿Qué encanto o qué promesas bajaban para ella en el futuro? Ja... ja... La corte ridícula de unos soldados petulantes, nuevamente dueños de la República. Y una forma vaga empezó a tomar perfiles en el crepúsculo. Ester veía, muy lejana, delgada, una plaza brillante y mucha gente silenciosa. Un poste en el centro sujetaba una cara familiar... pero la memoria se le llenaba de sombras, de trazos oscuros y no podía precisar; solo distinguía un coro, un coro grave, sombrío, de mil voces, como si llegara desde el final de un llano: ¡Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis! Y ella, inconscientemente llevada por las voces, repetía en voz alta: Uno... dos... tres...

—¿Qué'j eso, niña Ester?

—¿Qué es qué. Chefa? .

bía miles... miles de hombres, Chefa, que contaban: uno... dos...

La mujer la miró fijamente, como si buscara en el rostro de la muchacha el recuerdo, y, sin hablar, huyó hacia la cocina para esconder lágrimas.

Ester se volvió a tender sobre la hamaca mientras la miraba, en brazos de la recordación, huía entre puñados de sombras.

De súbito, la muchacha se irguió sobresaltada. Un griterío infernal se levantaba en el pueblo, por las cercanías de la plaza. No; no solo era en la plaza; los gritos corrían por todas partes.

—¡Chefa! ¡Chefa!

—¿Qué, mi niña?

—¿No oyes Chefa...? No...

—Sí mi niña... y ¿qué será?

En eso se sintió por la calle vecina alguien que corría. Una muchacha, las greñas sueltas, trepó al portal, huyó hacia el patio y, tropezándose con Ester, se echó a sus plantas, sollozante.

—¡Niña Ester, niña Ester!

—¿Qué te sucede, muchacha?

—¡Me van a matar... me van a matar!

—Cálmate... aquí estás segura.

Sobre el regazo de Ester se ahogaba en largos sollozos. Era una muchacha joven y sana. La piel estaba caliente y el vestido rasgado. Tomándole con delicadeza la barbilla, la obligó a mirarla.

—Cuenta chiquilla... ¿qué te sucede?

—Los soldados van a quemar el pueblo... van a matar a todos... me persiguieron tres... óígalos... óígalos.. ¡ay, niña, me van a matar!

Temblaba, por momentos los sollozos la suspendían sin aliento y la piel le hervía. Los gritos continuaban por todas partes y ya no tuvo dudas de lo que estaba sucediendo. Levantándose, cedió la hamaca a la niña.

—Descansa.

Ester fue hasta la puerta y miró calle abajo, pero nada pudo ver. Los gritos continuaban en el pueblo. Regresó al interior y, tomando una sombrilla que colgaba, se disponía a salir, cuando Chefa la atajó:

—¿Niña que'j eso; pa ónde va?

Se detuvo Ester, pensativa. ¿A dónde iba? Ni ella misma lo sabía. Una cólera inaudita la impulsaba. Esos gritos tenían en su memoria una doméstica resonancia. ¿A dónde iba? Era tonto, temerario, exponerse a la insolencia de esos soldados borrachos. Gente nueva, guerreros vencedores que no la conocían.

—¿Te atreves a salir, Chefa?

—Si la niña quiere... ¿Pero cuál es el antojo?

—Dile a Angel Coronado que venga.

Angel Coronado frisaba en los cincuenta años; era moreno, de tremendo tórax y voz pastosa. Parecía torpe y resistente.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó a quemarropa Ester, vencidos sus temores por la presencia de Coronado.

—Tan acabando con er pueblo. Los godos.

Se oyó una descarga de fusilería.

—¿Quién manda la tropa?

—Un tal Sotomayor, niña.

—No lo recuerdo.

Angel Coronado prosiguió:

—Llegaron como al puntear las cuatro. Cogieron el cuartel viejo que ta camino al puerto al término de la plaza. Pero como a las cinco salieron. Dentraron a la cantina del "Mocho Chindo" y tuvieron bebiendo, gritando vivas al gobierno, insultando, diciendo que los liberales eran unos perros sin madre, que eran unos ladrones. Eso no jué ná. Rato después salieron como demonios. Jueron al

cuartel y regresaron con los rifles disparando al aire. Un pelotón se jué donde Paula, que poco hace que le trajeron harina de Panamá, y cogieron, niña, como ocho sacos de la mujer y regaron por toa la plaza la harina. Tiraban harina a la gente, pisoteaban esa comida en toa la plaza y la pobre mujer llorando les decía que la dejaran, que ella era pobre, que no tenía ná que hacer con la guerra, que s'iba a morir de hambre, pero esos hombres la golpearon y tuvo que salir corriendo porque la pretendían entonces para malas maneras y así y todo jueron regando los sacos de harina por las calles. Disparando y gritando volvieron a la cantina der Mocho y casi lo matan. Allí estaba yo. Me escapé cuando hacían tiros a unas pocas botellas del hombre. Taba en casa cuando llegó la Chefa.

—Las represalias.

—Esa gente es mardita.

Chefa, con una taza de café para Coronado, dijo:

—Será güeno que Angel se quede. La niña tá sola.

Yo me quedo.

Por un momento los gritos se apagaron y todo quedó envuelto en el silencio. La noche era clara y sin viento.

La puerta que daba a la calle había sido cerrada, y conversaban cerca a la hamaca en que dormía la muchacha. De pronto, casi que imperceptible, Angel Coronado captó el chillido de los alambres de la cerca.

—Alguien pasa la cerca.

Quedaron en suspenso mientras Coronado, desde una esquina, atisbaba. Un hombre venía hacia la casa. No hacía ruido y parecía un gato en las sombras.

—¡Párese amigo! —dijo en baja voz Angel.

El visitante, pegado al suelo, permaneció quieto, fijos los ojos.

—¡Si eres tú Angel Coronado! —dijo al erguirse.

—Solo hay uno.

Y mirándolo:

—¡Ah! pero si es Justo Rodríguez!

—¡El de ayer y pa siempre! ¿Qué son esaj andanzas, Justo?

—Cosas del Manu; ¿está la niña?

—¡Allí no maj!

Ester se acercó. Nuevamente se escuchaba la algarabía en el pueblo. El aire estaba lleno de disparos y de blasfemias.

—¿A estas horas, Justo Rodríguez?

—Sí mi niña; cosas del Manu.

—¿Qué quiere Victoriano?

—Me dijo decirle que se esté quieta aquí en la casa. Que si había capitanes, que los marchara y se juera a dormir.

—¿Qué sucede?

—Eso jué too lo que dijo decirle.

Con la misma cautela con que había llegado desapareció en las sombras Justo Rodríguez. De su fuga los alambres tensos dijeron algo incomprendible. Iba en la noche silencioso: tomó una vereda que abandonaba el pueblo y subió una media milla hasta una loma desde la que se veía la población.

—Estaba en casa y sola, Manu; le hace compañía Angel Coronado.

Victoriano cubrió con silencio la noticia. Caminó sobre la loma revisando a los hombres: eran como sesenta; todos llevaban rifles y machetes. A un lado estaba el Capitán Bernal, la mirada perdida por las rutas del mar.

—¡Vamos, pues! —dijo Lorenzo.

Todos como un solo hombre, obedecieron.

—Ya saben: cuando poco, uno...

—Uno tan siquiera, Manu —respondió alguien, entre sonrisas.

Lorenzo inició el descenso. Avanzaban de dos en fondo. Cuando estuvieron cerca del pueblo, se separaron en grupos que a monte traviesa fueron cercando todas las entradas. Como gatos sigilosos, entraron en las calles; por las sombras de los portales y los desagües de invierno, avanzaron hacia la plaza. Eran bultos lerdos, como perros que se movieran desprevenidos. Momentos después, todas las boca-calles que daban a la amplia plaza estaban habitadas por sombras acechantes. Sobre el centro había unos doce hombres que gritaban y pataleaban, llenos de risas y de insultos. La cantina —única luz del pueblo— se sabía llena de soldados. A veces alguno corría de la plaza a la cantina y regresaba con las manos llenas de ron.

Uno quiso ir a la cantina y la borrachera lo llevó hacia otra calle. Los demás lo vieron irse y le acompañaron con burlas y advertencias.

—¡Ay!

Los soldados todos miraron sorprendidos, pero nada se oyó. Solo en la cantina había gritos. Siguieron a la expectativa un momento más y un chiste cualquiera hizo olvidar el lamento. Continuó el jolgorio, mientras que por los portales, hacia la taberna, avanzaron bultos confusos. Pronto en la cantina se oyeron gritos heridos, desgarradores, e inmediatamente todo quedó en silencio.

Los hombres que reían en la plaza se incorporaron asustados. Solo sobrevivía el silencio.

—¡Saturninoooo!

¡Antonio Quiñoneees!

Los gritos quedaron, íngrimos en la noche, sin respuesta.

—¡Quezada!

—Inútil, nadie respondía. Sorprendidos, corrieron hacia la cantina. No corrieron más: de ellos quedó sobre el suelo una sangrienta masa de cuerpos hacinados, llenos de puñaladas, desnudos y sin vida.

—¡A botar estos perros, muchachos!

Tan sigilosos como entraron al pueblo, caminaron hacia la playa.

CAPITULO XIX

La noticia se extendió por el Departamento como incendio en cañaveral. Hasta al mismo señor Presidente de la República se dio conocimiento del suceso. Un criminal sin Dios y sin ley había atacado por sorpresa a treinta y un soldados del Gobierno, en misión de paz y restablecimiento del orden, y sin aviso de ninguna clase, proscribiendo los más elementales preceptos de la guerra, los degolló sin conmiseración alguna. No se les conocía ni se tenía noticias de cuántos eran. El crimen ocurrió en San Carlos y pronto las fuerzas legitimistas harían entrar por razón a ese desalmado.

En Panamá se habló mucho del acontecimiento. El propio General Albán tomó a su cargo la investigación. Cuatro soldados que regresaron dijeron que nada sabían; que no tenían idea de lo sucedido. Llegaron a San Carlos —fue su versión— a eso de las cuatro de la tarde; tomaron algún tiempo en reconocer el cuartel y las pertenencias del Gobierno en ese sitio; a eso de las cinco y media de la tarde salieron al pueblo y cuando serían las ocho de la noche se retiraron a descansar. Era todo lo que podían decir. Uno de ellos despertó a la media noche y se sorprendió de que los compañeros no hubiesen regresado; llamó a los otros, dió conocimiento del hecho, y éstos le res-

pondieron que no se preocupara, pues tal vez la parranda era grande. A las seis de la mañana, como si alguien los llamara, despertaron a un mismo tiempo. Preocupados caminaban el pueblo cuando uno de ellos descubrió en la tierra una huella de sangre que llevaba a la playa. La siguieron y sobre la arena, frente al sitio en que habían desembarcado el día anterior, se levantaba una pirámide de cadáveres. Llenos de espanto huyeron por tierra hacia Panamá. Era todo lo que podían decir.

La pista la dió un prominente conservador de San Carlos, lamentándose siempre porque la guerra había agostado su hacienda, quien dijo que informes recientemente recibidos le aseguraban que el autor del hecho delictuoso era un tal Victoriano Lorenzo, indio de la pura montaña, criminal varias veces, condenado no hacía mucho tiempo por la muerte de un hombre llamado Pedro de Hoyos. Albán, más inteligente que militar, ató rápidamente algunos cabos. Hizo comparecer a su presencia a varios liberales, quienes desde el desastre de Calidonia tenían a la ciudad por cárcel, y les explicó lo que todos conocían. Dijo más: aseguró que ellos, como liberales, como hombres de bien y enemigos caballerosos, no tenían por qué solidarizarse con un acto semejante de servicia cavernaria. Que no había deslealtad en dar a las autoridades indicios, ya que esto no podía considerarse como acción de guerra ni mucho menos. Esto —afirmó— era un atentado social, y, en presencia de tales hechos, era indispensable depone las actividades partidaristas y reaccionar como colombianos. Aseguró que el autor de la masacre era un tal Victoriano Lorenzo, indio de las montañas de Coclé a quien había apertrechado la Revolución. Pedía que le dieran detalles personales

—fisonómicos— del sujeto. Preguntó por una tal Doña Ester, dama bella, inteligente y culta, la que, según informes —que no eran otros que los dados por el lloroso hacendado— vivía de una manera misteriosa, sin correspondencia social con el pueblo, amiga siempre de la tropa de puesto, y a la que se había visto en sospechosos movimientos.

Las requisitorias de Albán fueron inútiles. Desconocían los acontecimientos. Estaban ellos tan sorprendidos como él. La entrevista se dio por terminada. Pero mentían. Muchos de ellos conocían a Victoriano Lorenzo y la procedencia de las armas. Confirmaron las sospechas de Albán las frecuentes fugas nocturnas de muchachos jóvenes que dejaron la ciudad para unirse a los guerrilleros de Coclé, siguiendo el rojo pendón que cayera en Calidonia y que tremolaba airoso, aunque fugitivo, por las apartadas cumbres coclesanas.

Esto trajo nuevamente el desasosiego en el Departamento. Se hablaba de miles de indios levantados, asegurándose que los campos de Coclé estaban cubiertos de cholos en armas. No era esta una guerra de partidos: era guerra de indios contra blancos. Se aseguraba que de un momento a otro asaltarían la ciudad. Frecuentemente llegaban a la capital informes de crímenes cometidos por Lorenzo: quienes degollados, quienes depilados, quienes achicharrados en una fiesta salvaje.

Mientras en Panamá las conjeturas subían hasta el rojo vivo, Victoriano Lorenzo adiestraba a su gente. Repetidas veces les habló de que ya nada podría detener la lucha iniciada. Advirtió que era inútil arrepentirse, que a aquel que se rindiera los godos lo ahorcarían. Que recordaran que los blancos siempre los habían olvidado y despreciado. Varias veces, también, copartidarios llegados de

Panamá hablaron del Partido; de que pronto vendría ayuda del exterior y afirmaron que cuando la Revolución triunfara, el porvenir de ellos sería muy distinto. No más godos, no más regeneradores: ellos habían aprisionado injustamente al MANU VICTORIANO.

* * *

En una de las salidas de Lorenzo a la Provincia de Panamá, hasta Gatún, encontró que su hacienda del Cacao había sido devastada; un hermano menor colgado por los dedos, para que denunciara el sitio donde había sido enterrado el parque; su mujer, Lorenza, perseguida; las mujeres y muchachas castigadas y algunas violadas; el sitio, en fin, según testigos presenciales, había sido visitado por cincuenta soldados despachados de Penonomé. Lorenzo montó en cólera, reclutó más hombres y pronto tuvo a sus órdenes nuevos cientos de indios dispuestos a luchar. Bajó a San Carlos y liquidó un pelotón de treinta soldados del gobierno. Volvió a las sierras, dejó los lares de Bejuco y San Carlos y avanzó hacia las llanuras de Penonomé.

Una noche, cuando todos dormían, entró colérico a la ciudad. Gritos aterradores, voces desconocidas, despertaron a la ciudad dormida. Los soldados, sorprendidos, salieron. Fue un encuentro a machetazos. Los cholos ululaban de furia; las mujeres gritaban llenas de pánico. Cosa fue de media hora: los indios se retiraron aullando como fieras insatisfechas, dejando cincuenta soldados sin vida. No regresó a la Trinidad. Se fue a la Churuquita Grande, un sitio en la cordillera, defendido por lomas y precipicios, desfiladeros y cañones, por

donde únicamente podían transitar sin temores los indios levantados.

* * *

De Aguadulce solicitaban al gobierno refuerzos. Se decía que Lorenzo atacaría la ciudad con cientos de hombres. Los barcos del gobierno no tomaban pie de reposo en la Bahía de Panamá. Cruzaban el litoral llevando tropas a todos los sitios. Los conservadores huían de esos parajes. En todas partes veían a Lorenzo y encontraban sus rastros. Ora se decía que había pasado por Pocrí, camino de Los Santos; ora que en las noches entraba a los pueblos, para espiar. Bandos del gobierno prometían en los pueblos gruesas recompensas a quien diera noticias de Victoriano “—Viene Lorenzo, viene Lorenzo—” era el grito que llenaba de miedo a hombres y niños “—Viene Lorenzo—”, decía alguien y empezaba una orgía de tiros al aire, de hombres que corrían a esconderse, de mujeres y niños que llenaban las iglesias de súplicas y demandas misericordiosas “—Viene Lorenzo—”; y acto seguido, en medio de las calles, la gente asustada se ponía de rodillas sacudiendo crucifijos, rezando en alta voz, aereando imágenes. Y así, entre fábulas y hechos ciertos, la imaginación de los pueblos estaba llena de visiones sangrientas. Desde Panamá hasta Chiriquí, en Bogotá y el extranjero, se hablaba del guerrillero misterioso. En el púlpito, en la calle, a la hora de comer, antes de dormir, en la cantina, en la tertulia de café, en los partes de guerra, en las comunicaciones oficiales, en las diligencias de los juzgados, el nombre rojo de VICTORIANO LORENZO erizaba la piel. Sin embargo, en Churuquita la Grande, en el fondo de la sierra, tras un pre-

cioso paisaje de vertientes y cerros en donde pendían ranchos caprichosos, defendido por una guardia permanente de vigías que oteaba siempre las llanuras distantes, Victoriano Lorenzo razonaba la transcendencia de su causa, escribía a Domingo Díaz en Nicaragua, se comunicaba con Belisario Porras, y preparaba a su gente —unos quinientos hombres— para la nueva campaña de liberación. Diariamente llegaban desde Panamá, Bejuco, Capi-ra, San Carlos, Penonomé, Aguadulce, Pocrí, Natá, voluntarios. Unos atraídos por la fama del indio levantado, otros entusiasmados por el encanto de la guerra.

* * *

Una noche Lorenzo llamó al capitán Antonio Bernal y fueron a sentarse en un sitio apartado, sobre una peña que estaba como suspensa en el vacío. Estuvieron un tiempo silenciosos, y Victoriano fue el primero en hablar:

—Capitán, a usted algo le pasa. No está a gusto.

—No me siento bien; quizás esté enfermo.

Hubo un silencio prolongado.

—A usted no le gusta la guerra.

—La guerra no es buena.

—A uno le hacen la guerra y uno tiene que pelear.

—Antes sabía porqué peleaba; ahora no sé.

—¡Yo sí sé por qué peleo, Capitán Bernal! Y no tengo miedo.

En los ojos de Victoriano brilló un poco de cólera.

Antonio se le quedó mirando, fijamente. Nada dijo. Lorenzo volvió a hablar.

—Si usted se cayera desde esta piedra se moriría.

Lleno de espanto, Bernal se apartó. A unos pocos metros se detuvo, mirando atentamente a Lorenzo. Victoriano sonreía.

—La muerte lo asusta, Capitán.

Bajo el peñón la noche estaba densa, oscura, tal vez fría. A lo lejos dardeaban los ojos insomnes de los ranchos.

—Usted me odia— dijo Bernal.

Lorenzo seguía riendo con un fulgor maléfico en los ojos.

—Tiene miedo y la muerte se ha hecho para los hombres.

Lorenzo apartó la vista. Luego de meditar unos instantes, prosiguió:

—Quiero que me ayude, Bernal; vaya a San Carlos y dígale a la niña Ester que venga; que acá hay puesto seguro, que allá no la puedo defender. Que venga.

La expresión de Lorenzo había cambiado por completo. Estaba sereno y sonreía amistosamente. Bernal se le acercó y le cruzó un brazo por los hombros.

CAPITULO XX

Bernal iba al encuentro de Ester vencido por una duda insobornable. Por momentos pensaba que solo lo hacía en obediencia a Victoriano, pero luego se convencía a sí mismo de que Lorenzo y el angustioso anochecer solo fueron accidentes: ir a Ester era imperativo. Pero la indecisión lo tocaba a él mismo, a sus fuerzas, a sus deseos y a su capacidad de realización. ¿Miedo él? ¿Cobarde? Veces hay en que los hombres pierden a Dios, es decir, trasnochan el destino. Ello sucede en las grandes conmociones íntimas, cuando todo es orgía y el encanto es aplicable a cada cosa: a la sangre, al dolor, a la risa, a la muerte. Entonces, quien encuentra a Dios habita el vértice angustioso: o huye a esconderse, o se planta ante la caravana y le recuerda la forma de los hombres. ¿He allí la duda; huír? ¡Era temer! ¿Correr ante las huestes de la muerte en marcha y gritar? ¿Escucharían? ¿Cuál sería la figura de su cuerpo triturado por las huellas de mil hombres implacables que caminan, y caminan y caminan, con ese sonido hosco, grave, que se hunde en la misma tierra? ¿Cuál sería la importancia en aquellos momentos del grito de la especie? ¿Y de hacerlo, tenía las fuerzas suficientes? Bernal recuerda bien que días atrás, en momentos en que Victoriano

hablaba a esos vagabundos organizados, le asaltaron deseos atrabiliarios de gritarles todo lo que sentía, lo que no alcanzaban a comprender; entonces se adelantó, pero había tanta confusión en su mirada que Victoriano, sonriéndole, dijo:

—¿Qué quiere, Antonio?

No podría explicar lo que sintió; se le hizo todo oscuro y seguramente bajó la cabeza. Es difícil enfrentarse a la caravana en marcha. Por eso, Bernal, sabía que volver donde Ester era imperativo.

Ella lo recibió alegremente. Fueron gestos auténticos de simpatía, sin premeditación, cosa que sí hubo después, cuando la muchacha volvió frías y formales las relaciones, tal como hiciera pasado el desastre de Calidonia. Antonio llegó entre las últimas sombras del amanecer. Ester aún dormía, pero Chefa despertaba los trastos en la cocina. Todo el día lo consumió Bernal en conversaciones. No salió a la calle. Pasado el asalto de Lorenzo, la nerviosidad ofuscaba al pueblo. Liberales y conservadores estaban confundidos. Había recelos. Cuando las tropas gobiernistas acampaban, los partidarios de la guerra huían al monte. Las delaciones cundían y la conversación en la calle estaba cortada por la reserva. Ester misma fue denunciada varias veces. Pero su belleza, la fina coquetería con que se escudaba, la liberaron de infundios. Y los recuerdos que Sarria le hacía llegar en ocasiones confundieron a los delatores.

Chefa era la que no disimulaba su contento por la vuelta de Bernal. Le tenía cariño. A menudo, en las tranquilas noches de estas dos mujeres, con infantil malicia campesina sugirió amores a la niña. Ester rio. Amar. Perderse. Dejar de ser. ¿Había amado Chefa alguna vez? Dijo que no recordaba. Tal vez sí, en su lejana juventud, algún

amor campesino que no dejó rastros. ¿Pero quién dice que ella, Ester Becerra y López, no amaba? Más... ¿qué amaba? Amar es desear, abrazar o dormir con un mismo pensamiento. No era necesario decirlo. Pensamiento y pasión no son antagónicos. Ni se anulan. Tal vez se superponga juiciosamente. Cada vez que ella se adentraba en averiguaciones íntimas, una sombra informe, un lejano dolor la requería. Algo que recordaba despedidas. ¿Qué era? Si Chefa pudiera explicarle, adelantar una respuesta. Tal vez amara la permanencia. Es decir, ella amaría si tuviese la certidumbre de que no habría despedidas, ni mucho menos distancias, esa cosa cruel de los horizontes que la toca siempre. ¡A, Chefa siempre la hacía pensar!

Pasaron los días y Antonio vivió la certeza de que jamás se iría de allí. ¿La guerra? No quería pensarlo. Cosas del destino. Ester, como si conociese sus temores, no hacía más que hablarle de batallas.

Cierta tarde, pasada la cena, tomaron el camino de la playita y al final del huerto de la casa. La mar estaba serena y los arenales tersos bebían sangre del crepúsculo. Allá, sobre las aguas, la forma soberana y perenne del Farallón. Algo exótico lo dominaba. Sin pensarlo, Ester y Antonio dejaron sus ojos sobre él.

—El Farallón...

—¿Recuerdas que prometimos ir...?

—¡Sí... hace tanto tiempo...!

—Todavía es tiempo.

—No, hoy no. Tal vez cuando termine la guerra, si vuelves por estas tierras.

—¿Si vuelvo? No piensoirme.

—Tienes un compromiso que cumplir.

—Contigo únicamente.

—Conmigo no; el agradecimiento me molesta. Es con la patria: la Revolución necesita soldados.

Bernal la miró. Ella seguía sujeta al Farallón.

—Es fácil ser feliz —dijo.

—Sí, cuando nos rodea gente feliz.

—No es necesario, Ester; cada cual puede vivir su mundo.

—Como si cada uno tuviera un mundo. Como si el mío no fuera el tuyo, el de Chefa, el de Victoriano, el de Angel; como si ellos no tuviesen derecho a vivir, a ser felices.

Bernal intentó asirle una mano, pero Ester lo esquivó. Antonio se acercó a ella y se sentaron sobre la arena. Donde quiera que se mirara tropezaba la vista la raya sonora de las aguas. Rendido cada cual a sus cavilaciones, no repararon en que del crepúsculo no quedaba ni la figura del Farallón. Había caído la noche, clara y sin nubes de lluvia. El viento transitaba soberano y el litoral se erizaba de frío.

—¿Ester, no has pensado dejar esta tierra?

—Bueno... no, no lo he pensado.

—Debes salir, conocer ciudades, gozar la vida.

—Tal vez...

—Mira, estoy seguro de que a cualquier parte que fueras; en toda reunión social, tú serías el centro de la atracción.

—Poco me preocupa.

Bernal, sin considerar los esfuerzos de Ester por paralizar la conversación, seguía proponiendo temas, hasta que un recuerdo inexplicablemente olvidado, le llenó los ojos de cólera.

—¿Tú quieres a Sarria, eh? —le gritó muy junto a ella.

Ester se volvió, sorprendida.

—¿A quién?

—¿A Sarria... Carlos M. Sarria, eh?

La muchacha rio como hacía algún tiempo Antonio no la veía reír.

—No conozco a ningún Sarria.

—¿Que no lo conoces...?

Ester reía con toda gana.

—No... ja, ja... no lo conozco.

—Embustera... traidora... igual a todas. Bernal le asió fuertemente una muñeca.

—¡Suéltame...! ¡Suéltame, bruto!

—Habla, ¿por qué le escribías? ¿Por qué te escribía?

Ester se tornó violentamente seria.

—¿Quién te dijo, Chefa?

—No.

—Vámonos, Bernal —dijo Ester incorporándose y obligando a Bernal a liberarla.

El hombre permaneció un segundo confundido, mas luego corrió hacia Ester que caminaba y la abrazó desesperadamente.

—Te amo Ester... tú eres mía... mía.

La muchacha hacía esfuerzos por no dejarse besar; golpeaba a Bernal sobre los hombros, forcejeaba apasionadamente por desasirse.

—Bruto... animal... déjame... déjame, asesino.

Bernal la soltó y Ester Cayó sobre la arena sollozando. Antonio estaba confundido, azorado, y no llegaba a comprender qué había sucedido, por qué lo hizo. Una pena cruel lo llenaba de miedo.

—Ester, perdóname; estoy confundido... no sé qué ha pasado.

—Apártese, hipócrita; eres un soldadote... un soldadote nada más.

—Perdóname; por favor, perdóname, Ester.

Bernal, todo asombro, la miraba sin resolverse a nada. La muchacha sollozaba sobre la arena, la cara entre las manos.

De pronto, un ligero temblor empezó a sacudir-

la. Enderezó el busto espléndido y fijó los ojos en la lejanía del mar. Bernal, asiéndole con suavidad un brazo, la llamó:

—¡Ester...! ¡Ester...!

Parecía no oír, escuchar extrañas voces, cosas distintas. Entonces Antonio, atrayéndola hacia él, dijo:

—Ester... Ester... óyeme, atiéndeme, yo te amo.

Presa aún del extraño temblor, los ojos llenos de fiebre y de una luz desconocida, exclamó, tendiéndose sobre la arena:

¡Amame, Antonio, Amame!

CAPITULO XXI

Ester y Antonio se amaron otros días. Salían a los atardeceres y en el viejo caserón de los Becerra y López la lobreguez de antaño cedió paso a fugaces destellos de alegría. Pero Ester no se había rendido a Bernal. Este, apasionado, nervioso, olvidó por completo todo lo que no fuera su amor por ella. Ester, por el contrario, seguía cautiva de otros afanes. Frecuentemente alababa la guerra, se refería a los revolucionarios en términos cariñosos, considerándolos como individuos que comprendían la obligación vital de todo hombre valiente y honrado. En Bernal, por el contrario, el tema de la guerra fugaba persistentemente. Era como si temiera mencionarlo. Hacía tiempo que debió regresar a Churuquita Grande, al lado de Lorenzo, y día a día dilataba su regreso.

—Ester, huyamos de aquí.

—No podemos.

—Tenemos derecho a ser felices. Esta guerra no terminará nunca.

—No, Antonio; yo no entiendo porqué, pero esta guerra la siento como algo muy íntimo y que tenemos que ganar.

—Vámonos de aquí, Ester. Iremos a otros lugares. Todavía es tiempo; estamos jóvenes. ¡No te das cuenta de que esta guerra es una balandrona-

da inútil; que es producto del despecho de unos ambiciosos que empujan al pueblo a matarse, mientras que ellos solo sueñan con el poder!

—Hablas como hombre que tiene miedo.

—Vayámonos al amanecer a Panamá; de allí iremos a Costa Rica, Nicaragua. A cualquier parte, Ester, donde podamos amarnos sin temores, donde la gente no se mate, donde podamos ser felices.

—No, no me iré. Godos sucios. Antonio, si es preciso para ganar esta guerra que tú mueras, no me importa, Antonio, no me importa que así sea.

—Está bien, Ester.

* * *

El día que Antonio regresó a Churuquita Grande, había en el campamento un inusitado movimiento.

Es que una tarde llegaron, derrotadas de Panamá, las tropas comandadas por el General Noriega. Desde hacía mucho tiempo la gente del lugar no comía sal, monopolizada por el Gobierno en Aguadulce. Mas como el visitante dijera que su gente no podría hacer lo que sí hacían los soldados del Manu Victoriano, es decir, ahumar la carne, fue preciso ir a Pocrí, no muy distante y cerca de Aguadulce, por sal. Para ello se escogieron unos treinta hombres de Lorenzo y éste mismo se ofreció para comandarlos.

Cuentan que caminaban por los llanos de Río Grande cuando tropezaron al indio Murillo, morador de esos lugares, muy liberal según su dicho, el cual venía en afanosa carrera. Al preguntársele por qué corría, informó que era perseguido por tropas del gobierno que trataban de matarlo. El hombre no mentía. Aparecieron por el confín del llano sus perseguidores, que en cuanto divisaron

a la gente de Lorenzo soltaron a disparar. Se empuñó el combate, y cada grupo se atrincheró en sendos canchales que sectaban la tierra. Se disparaba de uno y otro lado. En eso, el que los comandaba salió de la zanja hacia otra posición, cuando un certero disparo le partió la frente. Los otros, sin jefe, levantaron bandera blanca, lanzando los rifles sobre el llano. Entonces, el indio Murillo, machete en mano, corrió hasta el agonizante y lo ultimó. Los otros fueron traídos prisioneros.

Cuando Bernal llegó se discutía acaloradamente por todas partes. Lorenzo había ordenado, según decires, la ejecución de los presos y Noriega se oponía. Los soldados de uno y otro se resolvían por la decisión de su respectivo jefe. Se basaban los partidarios de Victoriano en que esos prisioneros, a las órdenes de Sotomayor, que no era otro el asesinado por el indio Murillo, habían maltratado a la madre de Lorenzo; que buscándolo llegaron a su rancho, y como la buena mujer no supiera dónde estaba su hijo, aquél, Sotomayor, de fiesta con sus secuaces, la había colgado por los cabellos de un árbol cercano. Allí hubiese muerto dando gritos si no aciertan a pasar unos peregrinos que la libertaron. El castigo, según alegaban acaloradamente, no toleraba discusión.

A su vez Noriega, de un carácter aristocrático y violento, no veía con buenos ojos los actos de Victoriano. Militar de carrera, solo le atraía el mando. Lorenzo, que en principio se puso a su mandar, pronto fue perdiéndole el respeto y, a lo último, no disimulaba sus deseos de que abandonara Churuquita Grande. El incidente que recibiera a Bernal no progresó porque días después, Noriega y su gente tomaron el camino de la montaña, hacia otras tierras.

Mas, pasadas algunas semanas, al campamento llegó un contingente numeroso de conocidos. Era la tropa de Noriega, quien, según ellos mismos decían, había disuelto los batallones Porras y Díaz, después de haber sido derrotado nuevamente en las alturas de Quije. La noticia provocó risa a Lorenzo, quien dijo a los soldados que los recibía contento, pero que ahora tendrían que pelear de verdad.

Entonces empiezan las guerrillas en Coclé y la figura de Victoriano Lorenzo crece como una esperanza entre la gente humilde y aun entre señores que, acongojados por el desastre militar del liberalismo, aplauden con reservas al cholo guerrillero que en las serranías enarbolaba la bandera roja. Sobre sus hombros y sobre los hombros de sus indios descansaría por mucho tiempo la Guerra de los Mil Días en el Istmo.

Y con los restos de la expedición de Porras; con los valientes que noche a noche abandonaban la ciudad y pasaban al cuartel de Lorenzo camino de Nicaragua o el Ecuador; con los campesinos que dejaban sus ranchos y subían hasta la Churuquita atraídos por la fama del Indio; en fin, con los restos de los ejércitos licenciados y derrotados después de Calidonia, y los extranjeros que quedaron al garete cuando la invasión fracasó, empezaron las guerrillas en Coclé. Y el grito que ahogaran en Calidonia se incendió sobre las alturas de la Churuquita.

Frente a este giro inesperado que tomaba la guerra, el Gobierno llegó a desesperarse; tomó el camino de los atropellos y las represalias: asaltos en Pocrí a casa de liberales o a los sospechosos de serlo; robos y saqueos a tiendas en Aguadulce; carcelazos, palizas, fusilamientos, en Natá, La Pintada y El Cristo, en cualquier sitio.

Entonces el nombre de Victoriano Lorenzo se pronunciaba como una venganza necesaria. Y surgieron amigos y copartidarios que espiaban al Ejército y se lo notificaban; llegaron viudas y hermanas heridas que se prestaron a ver a Victoriano. Pero lo que definitivamente prendió la mecha del odio en el ánimo de Lorenzo fue la masacre innecesaria que los conservadores perpetraron en las personas de unos cholos que habían quedado como rehenes en el puerto de Penonomé. Eran ocho. Dormían negligentes, cuando un pelotón de reconocimiento los descubrió. Y así, dormidos, fueron degollados y bayoneteados, dejándolos irreconocibles. La noche siguiente, previendo las represalias de Lorenzo, se disponían a huír hacia Aguadulce donde estaba el grueso de las fuerzas comandadas por el General Plaza, cuando cayeron en una celada que les preparó Victoriano. Iban reídos y confiados. De pronto, les llovió la bala desde todas partes. Sintieron unos gritos como aullidos de perros cuando se les vino encima una avalancha de hombres, machete en mano, rasgando el aire y los cuerpos a diestra y siniestra. Escasos se pusieron a salvo. Fue el comienzo.

Una noche se aparecía Lorenzo, en las barbas mismas de los regenerantes; les robaba sal, ganado, y tan misteriosamente como llegaba, desaparecía. Otra vez se presentaba a Pocrí y al amparo de las sombras iba hasta una cantina donde libaban soldados y de pronto él y otros gritaban: "—¡Viva Victoriano! ¡Viva Victoriano!—", y desaparecía, dejando dos o tres cadáveres. Se organizaron cuadrillas para apresarle. En las entradas de los pueblos se establecieron guardianes y retenes. Se le buscaba en los montes mientras Lorenzo, dentro en los pueblos, bebía tranquilamente café y conversaba de la guerra. Más y más gente se

iba a su lado. Los centinelas morían en sus puestos; los retenes eran hechos prisioneros. La sombra fantasmagórica de Victoriano Lorenzo estaba en todas partes. Unas veces vestido de mujer, otras sin disfraz alguno, entraba, confiado, a los pueblos, por caminos que solo él conocía. El gobierno ofrecía recompensas a quien diera indicios que pudieran llevar al Cholo, a quien avisara cuándo se encontraba en el pueblo, pero las gratificaciones nunca se cobraban. Una vez alguien habló y la madrugada lo sorprendió cadáver en el portal de su casa.

El espectro de Victoriano se deformaba en la imaginación de tiros y troyanos. Se hablaba de que era inútil apresarle porque tenía pactos con el diablo; que una vez, antes de la guerra, lo apresaron y maniataron, y nadie sabe cómo se escapó: en el suelo solo encontraron las sogas intactas; que se le habían hecho disparos a quemarropa sin tocarlo. Muchos soldados se pasaban noches mascando balas, porque estas eran las únicas que podían herirle. Pero era ocioso todo. Lorenzo aparecía y se esfumaba misteriosamente. El pánico aumentaba.

Los centinelas hacían disparos a una hoja que rodaba. Veces hubo en que hirieron a un compañero. La mayoría desertaba presa de pánico a la muerte por degüello.

Un día llegó la noticia de que el Istmo había sido nuevamente invadido, esta vez por el General Domingo Díaz, en las playas de San Carlos.